

DOMINGO XIII (T.O.) B

LA HOMILÍA S. Martínez Rubio

Palabra de Dios:
Mc 5, 21-43

El texto del Evangelio de hoy es una especie de catequesis sobre la fe, presentada a través de la actitud de dos personas: Jairo, un jefe de la Sinagoga, que tiene una fe inquebrantable en el poder de Jesús y, por ello, le solicita que cure a su hija que está en "las últimas". La otra persona es una mujer que tenía hemorragias de sangre, por lo cual estaba siempre en impureza legal y contagiaba su impureza a todo el que la tocara, por eso, esta mujer sólo se atreve a tocar, con disimulo, pero llena de confianza, el manto de Jesús. Jesús, en ambos casos, deja claro que es la fe lo que le mueve a manifestar su poder:

Una mujer desahuciada. Eso es lo que pretende afirmar el evangelista al dejar constancia del tiempo que había durado la enfermedad, el recurso a los médicos, el haber gastado todo lo que tenía para recobrar la salud. Su curación no se debe aun acto mágico por haber tocado el manto de Jesús, sino que se debe a su fe en el Señor. Jesús le dijo: «*Hija, tu fe te ha curado. Vete en paz y con salud*». Aquella mujer, por la fe, ha alcanzado la paz. La paz hace referencia al estado de la persona que, incluso en medio de las dificultades, luchas y tormentas internas y externas, se encuentra confiada en Dios. La paz es la salvación. Una paz que, como dice expresamente Jesús, es fruto de la fe.

Una niña dormida. Es la Hija de Jairo, que era el presidente de la sinagoga, el responsable de la organización del culto. Jesús la devuelve a la vida, no porque mágicamente la tome de la mano, sino porque pase lo que pase, aunque su hija haya muerto, Jairo no deja de confiar en Jesús, ni siquiera cuando la situación parece ya irremediable porque su hija está muerta.

La fuerza de Cristo

Cristo muestra su poder sobre la enfermedad humana curando a la mujer, y su poder sobre la muerte resucitando a la hija de Jairo. En ambas ocasiones es la fe de los que se acercan a Jesús la que hace que "salga de él fuerza" que salva.

El Cristo que curó a la mujer con sólo su contacto, el Cristo que tendió



la mano a la niña y la devolvió a la vida, es el mismo Cristo que en su Pascua triunfó de la muerte, experimentándola en su propia carne.

La fe no elimina la enfermedad, la ilumina

No es que los creyentes nos veamos libres de la enfermedad y la muerte. El mismo Cristo se sometió a la muerte, al cansancio, al dolor y las lágrimas. Se acercó definitivamente al mundo del dolor. La fe no es un "seguro" contra la enfermedad. La fe no elimina, sino que ilumina nuestras enfermedades. La fe es una luz especial que, desde Cristo, ilumina la enfermedad.

El Cristo que cura a la mujer con sólo su contacto, el Cristo que tiende la mano a la niña y la devuelve a la vida, es el mismo Cristo que en su Pascua triunfó de la muerte, atravesándola, experimentándola en su propia carne. Y el mismo que ahora sigue, desde su existencia gloriosa, estando a nuestro lado para que tanto en los momentos de debilidad y dolor como en el trance de la muerte sepamos dar a ambas experiencias un sentido pascual, incorporándonos a El en su dolor y en su victoria.

El mismo Señor nos dice: «No temas; basta que tengas fe».